

COMPARTIR CON LA HUMANIDAD

7 de Junio de 2026

Evangelio según JUAN 6, 51-58

Dijo Jesús a los judíos:

—Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come pan de este vivirá para siempre. Pero, además, el pan que yo voy a dar es mi carne, para que el mundo viva.

Los judíos aquellos discutían acaloradamente unos con otros diciendo:

—¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Les dijo Jesús:

—Pues sí, os lo aseguro: si no coméis la carne del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. Quién come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva y yo lo resucitaré el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Quién come mi carne y bebe mi sangre sigue conmigo y yo con él; como a mí me envió el Padre que vive y, así, yo vivo por el Padre, también aquel que me come vivirá por mí.

Éste es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron; quien come este pan vivirá para siempre.

Si queremos redescubrir el hondo significado de la eucaristía, hemos de recuperar el simbolismo básico del pan y el vino. Para subsistir, el hombre necesita comer y beber. Y este simple hecho, a veces tan olvidado en las sociedades satisfechas del bienestar, revela que el ser humano no se fundamenta a sí mismo, sino que vive recibiendo misteriosamente la vida.

La sociedad contemporánea está perdiendo capacidad para descubrir el significado de los gestos básicos del ser humano. Sin embargo, son estos gestos sencillos y originarios los que nos devuelven a nuestra verdadera condición de

criaturas, que reciben la vida como regalo de Dios.



Concretamente, el pan es el símbolo elocuente que condensa en sí mismo todo lo que significa para la persona la comida y el alimento. Por eso el pan ha sido venerado en muchas culturas de manera casi sagrada. Pero, desde que nos llega de la tierra hasta la mesa, el pan necesita ser trabajado por quienes siembran, abonan el terreno, siegan y recogen las espigas, muelen el trigo, cuecen la harina. El vino supone un proceso todavía más complejo en su elaboración.

Por eso, cuando se presenta el pan y el vino, se dice que son «fruto de la tierra y del trabajo del hombre». Por una parte, son «fruto de la tierra» y nos recuerdan que el mundo y nosotros mismos somos un don que ha surgido de las manos del Creador. Por otra son «fruto del trabajo», y significan lo que los hombres hacemos y construimos con nuestro esfuerzo solidario. Una comida y una bebida que alimentan nuestra vida sobre la tierra, nos invitan a trabajarla y mejorarla, y nos sostienen mientras caminamos hacia la vida definitiva.

MI CUERPO ES COMIDA

Mis manos, esas manos y Tus manos
hacemos este Gesto, compartida
la mesa y el destino, como hermanos.
Las vidas en Tu muerte y en Tu vida.

Unidos en el pan los muchos granos,
iremos aprendiendo a ser la unida
Ciudad de Dios, Ciudad de los humanos.
Comiéndote sabremos ser comida,

El vino de sus venas nos provoca.
El pan que ellos no tienen nos convoca
a ser Contigo el pan de cada día.

Llamados por la luz de Tu memoria,
marchamos hacia el Reino haciendo Historia,
fraterna y subversiva Eucaristía.

Pedro Casaldáliga.

El pan que Jesús da no es su carne física sino su propia historia. Es una historia de amor a la vida. Comerla, identificarse con ella es el trabajo de quien entiende el camino salvífico de Jesús. Esta identificación es la que puede llevar la vida a la plenitud. Así la persona adquiere una profunda verdad, la misma verdad y el mismo sentido que ha tenido el Señor. Por medio de este amor a la corporalidad se establece un vínculo indisoluble, de familia, entre el Padre, Jesús y el creyente.

«No es parte de tus bienes lo que tú das al pobre; lo que le das le pertenece...

La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos»

San Ambrosio



ARTESANOS DE LA PAZ

En el proceso de tejer relaciones, las rupturas son casi inevitables porque el conflicto suele estar a la orden del día, pero una tarea importante del artesano de la paz es soportar el conflicto, más por amor que por dolor; porque confía en que, aunque la aguja pinche nuestros dedos y duela, al final quedará una exquisita obra de arte capaz de comunicar verdad, bondad y belleza. La paz nunca ha sido la ausencia de conflictos sino la capacidad de encontrarnos y crear comunidad aún en medio de las diferencias.

La paz no es sinónimo de hipocresía pacifista. Tampoco es hija de un detallado manual de buenos modales para soportarnos mutuamente porque no nos queda de otra. La paz es ante todo verdad, y la verdad muchas veces supone diferencias, convergencias y divergencias. Silencios. Distancias. Perdones. Reconciliaciones. Ser artesano de la paz es creer en la comunión y comprometerse en construir comunidad; una comunidad unida en la diversidad, sin confusión y sin división.

Fratelli Tutti

Para reflexionar

- ✓ Nuestras Eucaristías, ¿son celebraciones de la fe y de la vida?
- ✓ ¿Buscamos los lugares oportunos para encontrarnos con las personas diferentes a nosotros en raza, cultura y religión?